

POESÍA

**LA MUERTE DEL GALLO,
SEGÚN SAN PEDRO**

CARLOS GARRIDO CHALÉN

PRÓLOGO

La poesía de Carlos Garrido Chalén consiste en la magia y la certidumbre de palabras milagrosamente ordenadas que dicen de satisfacciones, sueños y memorias; de exploraciones desnudas, de ofrendas que se realizan; de la dulzura de los atardeceres, de las evocaciones. Y, en este caso, el de La Muerte del Gallo según San Pedro, de momentos únicos que nos facilita el Nuevo Testamento y de guiños, que de forma recatada nos instala la voz poética.

Es que Garrido Chalén asume la poesía como un quehacer hondamente ligado a él, y a sí mismo, a su naturaleza y así lo muestra este ilustre libro: una inducción hacia la fe y a una delicia estética que nos colma de un contentamiento especial inefable. Es que vamos leyendo sus versos y nos involucramos con la Historia Sagrada mientras el alma retoza con imágenes polifacéticas.

En la historia que presenta este libro, la pasión del Señor se nos acerca como un hecho cotidiano, tangible y volvemos a andar, a conocer lo conocido y fantaseamos instantes y silencios. Nos instalamos en ella y vemos a un Jesús más vivo que nunca que se acerca, sale, habla, predica y profetisa ante sus discípulos en voz baja, signada por el pudor, proclive al silencio y sin embargo clara y sustancial. Garrido Chalén nos muestra en él a un hombre moral, que se demora en las súplicas al Padre, un Jesús levemente melancólico tocado por una pincelada volteriana, (es que Voltaire es uno de los referentes más fieles de la Ilustración, un período que enfatizó el poder de la razón humana, de la ciencia y el respeto hacia la humanidad) desde una seguridad y una naturalidad digna de un hombre decoroso que vaticina la negación de Pedro, a quien había legado su Iglesia, y la traición de Judas (“lo que vas a hacer, hazlo ya”), el entregador, el que vende a su maestro por algunas pocas monedas de plata. Jesús no es acá el hijo de Dios hecho hombre. Es sólo un hombre dotado de exultante madurez reflexiva que poco a poco va revelando su origen divino. De ahí el perdón a las debilidad, después de su resurrección. Y lo hace desde una seguridad y naturalidad digna de un hombre decoroso. Pero vaticinó que iba a ser entregado y resucitaría al

tercer día y cuando ese hecho se consuma ya no hay duda: es el Hijo de Dios hecho hombre.

No es allí donde nos va a dejar Garrido Chalén en el relato: al narrar la cotidianeidad de la vida del gallo que cantó tres veces, nos inventa un espacio para que veamos y traslademos nuestra humanidad a lo más profundo del examen. Es que el gallo, imponente, egocéntrico, grandilocuente, somos nosotros mismos. Callados, pensamos este guiño del autor, para volver al centro de nuestro círculo y replantearnos la señal desorientada, para volver a la postura de largada. Es la reiteración de nuestra ansiedad cotidiana; es ese volver a tiempos borrados para hacernos un análisis de conciencia, una rigurosa introspección, dialogar íntimamente y rescatar la humildad “bajando por primera vez/ el pico/y la cabeza/como si un dardo/ le hubiera/perforado el pecho/ y la inmodestia...” Y salvarnos de la muerte por tristeza y aflicción que tuvo el gallo.

Este libro puede ser leído como una biografía encubierta de cada uno de los seres humanos, y también como el ejercicio de un poetizar sublime("Y un aire/ de borrasca/ tempestuosa/ agitó como un adagio/ la fronda, la dársena/ de su alma/ de varón.) que nos coloca frente a las preguntas sustanciales de la existencia. Garrido Chalén, lenta y sabiamente, ha recreado este tramo de la Historia Sagrada para que la humanidad sobreviva del naufragio.

Vilma Lilia Osella

Periodista – Escritora - Poeta
Embajadora Universal de la Paz
Círculo Universal de Embajadores
De la Paz (París- Ginebra).

Asesora Honoraria en Relaciones Institucionales para IFLAC
(Foro Internacional de Literatura y Cultura de la Paz), en ARGENTINA

I

Un relámpago

tatuó
en el monte del dolor,
una congoja,
y Jesús gamitó muy triste
en el poniente,
como si fuera a morir
crucificado.

Y una canción

nunca escuchada
por la tarde
sonó en la caligrafía
del gemido.

- Te aseguro – le dijo a Pedro –
que esta misma noche,
antes que cante el gallo,
me habrás negado tres veces -.

Entontecido, Cefas

alcanzó a decir,
como un susurro
que eso era imposible.

No le convenía reconocer

que en un momento dado
le haría juego artero

a la perfidia.

Y lo encanalló

la humedad
sin fondo
y la crueldad
sin futuro
de ese vaticinio.

Y todos los discípulos,

miraron hacia afuera
para mirar al ave
que dormía.

No pudieron evitarlo:

el canta claro
se iba a convertir
en pregonero
de una traición
jamás imaginada
por la vida.

El menos comprendido

del corral,
egoísta y mordaz,
que corría con desprecio
a la gallera,
iba a ser el héroe
para que se cumpla
la profecía.

Ingenioso y divertido,

recibió entonces
el encargo

de mostrar allí su dignidad,
de estar pendiente,
para cantar
en el momento justo,
ni antes, ni después,
en el exacto instante
del desprecio.

Dicen que
en esa ocasión
el chaparrón rugió
en la peladera,
en la laxitud de un mar
que se crispaba en llanto
y en la pérgola sin voz,
de ese acosamiento

Y el Hijo del Hombre
cayó con el rostro
en tierra
para pedir al Padre
una respuesta.

Y en ese guarismo,
en la barahúnda del dolor
cambiaron de color
incluso las tinieblas.

Volvió junto a sus discípulos
y los encontró indiferentes
en el bastión del sueño.

En la columnata del quinqué
se llenó de barrizal

el batacazo
de arúspice en el arnés,
el vertedero.

Jesús gimió entonces
en la palizada:
y en las ancas
de la charada
murmuró la noche.

Se alejó
por segunda vez
y suplicó al Padre piedad
para su cercenamiento.

Y al regresar
los encontró otra vez
en la abadía
de la madrugada
que gemía triste.

Nuevamente
se alejó de ellos
y oró por tercera vez,
repitiendo
las mismas palabras,
los gestos que el otoño
voraginoso,
consumía.

Y en las amígdalas
de la tarántula
bramó el candelero

- Osciló

como si un gigante
hubiera soplado
desde el Cielo -
y en el sótano
de la pedrera,
habló como en un eco,
la indulgencia.

Luego volvió
junto a sus discípulos
y les dijo:

- Ahora pueden dormir
y descansar:
ha llegado la hora
en que el Hijo del hombre
va a ser entregado
en manos de los pecadores.
¡Levántense!
¡Vamos!
Ya se acerca
el que me va a entregar -.

Y hablando estaba todavía,
cuando llegó Judas,
acompañado de una multitud
con espadas y palos,
y hubo aroma
de traición
en el báculo
de los sacerdotes,
embriaguez
de turbión
desatando tempestad
en el bosque.

El traidor

les había dado esta señal:

- es aquel a quien voy a besar.

Deténganlo -.

Y nunca

como esa vez,

el beso descendió

a la categoría

de la inconveniencia.

Nunca

como esa vez

la noche

fue más noche,

y la incertidumbre

más mordaz,

en el silencio.

Inmediatamente

se acercó a Jesús,

diciéndole:

- Salud, Maestro -, y lo besó

Y en la amargura

cabestreó el desaire.

Jesús le dijo:

- Amigo, ¡cumple tu cometido! -.

Entonces se abalanzaron

sobre él

y lo tomaron.

Uno de los que estaban con el Rey

sacó su espada
y le cortó la oreja
al servidor
del Sumo Sacerdote.

Jesús le dijo:

- Guarda tu espada,
porque el que a hierro mata
a hierro muere.

¿O piensas

que no puedo recurrir a mi Padre?

El pondría

inmediatamente
a mi disposición
más de doce legiones
de ángeles

Pero entonces,

¿cómo se cumplirían las Escrituras,
según las cuales debe suceder así? -

Y preguntó a la multitud:

- ¿Soy acaso un ladrón,
para que salgan
a arrestarme? -

Entonces todos los discípulos

lo abandonaron
y huyeron.

Keyfas lo seguía de lejos:

entró al Palacio del Sumo Sacerdote
y se sentó para ver
cómo terminaba todo.

Una sirvienta se acercó

y lo acusó de estar
con el Galileo
y él negó la imputación
y se plegó al quebranto.

Al retirarse hacia la puerta,
lo vio otra sirvienta
y dijo a los que estaban allí:

- Este es uno de los que acompañaban
a Jesús, el Nazareno -.

Y nuevamente Pedro
negó con juramento:

- Yo no conozco a ese hombre -.

Un poco más tarde,
otros se acercaron
y le dijeron:

- Tú también eres uno de ellos;
tu acento te traiciona -.

En lugar de callar,
se puso a trajinar
en la desdicha.

Entonces cantó el gallo:
la cresta roja
de su cabeza insólita
bandereó la negligencia
y sus tarsos armados
de espolones agudos
certificaron
asaz la villanía.

En su plumaje naranja azul

detonó la angustia
y en el cálamo
de sus plumas
hizo fuego la estulticia.

Sus pulmones
y sacos aéreos ramificados
le cantaron al futuro
y su cola timonera
al pasado ya vivido.

Entonces
en sus plumas remeras,
se asomó
la madrugada.

Sus fosas nasales
se abrieron
sin ostentación
para el canto
juglar
de la batalla.

Y Pedro
recordó el apotegma:
- Antes que cante el gallo,
me habrás negado
tres veces -.
Y saliendo,
lloró amargamente.

Simón Pedro,
Shimón bar Ioná,
el hijo de Jonás,
el pescador judío galileo,

que vio la transfiguración del Rey
y lo reconoció
como el Mesías esperado,
se avergonzó
de ser su seguidor.

Y el gallo,
con su canto
imponente,
le puso fondo musical
a su herejía,
sonido de cornucopia
a su doblez,
a sus gestos innegables
de perjuro.

Aun cuando en la última cena,
Pedro juró
no apartarse de Jesús,
lo desechó tres veces.

Y el ave galliforme
le recordó
su infamia.

Y de su pico salió
un canto que pareció
humano
y efusivo.

Y en la resina de las mimosas,
aplaudió
el gallinero.

Como el charrán, el kagú,
el calamón,
como el pájaro del sol,
y el agamí,
bailaron las pintadas.

Y el gallo,
para obedecer
el vaticinio del Señor
entró a la historia.

II

No fue crepuscular,
sino profético
su canto entristecido.

Se alzó por encima
de estambres y pistilos
y conmovió
con su jocunda fuerza
a los cipreses.

Una magnolia
de delicado perfume
se murió de dolor
y en esa penitencia
falleció también
el palo de mambo
y la canela,
entró en depresión
la higuera de caucho
y la damiana.

El canto del gallo
inclinó más
el eje de rotación
de la tierra
respecto al plano
de su órbita,
y un viento real
de ráfagas

e intervalos de calma
hizo ondear
con desprecio
las banderas
de la muerte.

Gotículas

en estado de sobrefusión
y cristalitas de hielo
saturaron el aire
y en la sabana
un denso manto
de angustia
penetró el bosque.

La bruma húmeda

que formó
el atardecer
degradó
la anatomía
sin fin
de los matojos.

Y en la boca

del abedul
se abrió la queja.

Pedro pensó entonces

en el gallo
y en su canto delator
y sintió
el deshonor
en la breña
de su corazón.

Y un aire

de borrasca

tempestuosa

agitó como un adagio

la fronda, la dársena,

de su alma

de varón.

III

No era
un castrado
“pollo capón”,
sino el macho dominante
del corral:
cuidaba
su nutrido harén
con insolente
agresividad
y era el rey
del encerradero.

Cuando llegaba
la estación sexual
se volvía más agresivo
y belicoso
para sus congéneres,
y solía poseer
a un número considerable
de hembras
en estado de cloquez
para adorarlas.

Su tendencia
a la poligamia
era sorprendente.
No bajaba la cola
ni la cabeza.

Y su canto
se escuchaba
al amanecer,
al medio día,
la media tarde
y la mitad de la noche
como un desafío territorial
contra otras aves
de su especie.

En el palenque
no necesitaba
de espolones
artificiales
de acero
o hueso de pescado,
para herir
a sus rivales.

Peleaba a “talón desnudo”
y sin navajas
con sus espuelas
naturales fabulosas.

Cuando cumplió su misión
enfermó la vid.

Gimieron
los que habían sido alegres
de corazón
y temblaron
los cimientos
de la tierra.

Se quebraron las brújulas

del amor
y derramaron
las teteras de agua hervida
de todos los fogones.

A los marineros
los asustó el barullo
y cayeron por la borda
sin explicar lo que pasaba
Era un ave
de la máxima calidad
genética.

En su cresta prominente
y plumas
con destellos púrpuras,
se encendía la noche
y su aquerenciamiento
por la tierra
sorprendía a todos.

Dicen
que sus antecesores fueron
el gallo “Pardo”
y el primitivo
gallo “Indio” leonés
de raza “andaluza”
por su capacidad
para la discordia.

Su agresividad
dentro del grupo
se manifestaba
por la tendencia

al picaje
a las aves prolapsadas.

Su comportamiento
arrastraba al conjunto
hacia el rascado
de sus plumas,
y en el apareamiento
desarrollaba
una breve danza
arrastrando el ala
enamorado.

Era el rey de la monta.

En su madurez gonadal,
su canto tenía
una significación de dominancia:
las aves dominadas
solían bajar la cabeza
cuando él pasaba.

Dos formaciones
tegumentarias
y carnosas
de color rojo
de las mismas características
de la cresta
pendían
de su maxilar inferior
para oxigenar el aire
de la tregua.

De gran corpulencia

y alzada
tenía sus extremidades inferiores
muy desarrolladas,
y sus dedos
armados de fuertes uñas
y poderosos espolones
de combate.

En su cresta erecta
formada por siete dientes
aserrados y profundos,
nunca caída hacia ningún lado
pululaba la aventura.

Arisco y potente,
de mirada viva
y desconfiada
en sus ojos color naranja
palanganeaba la vida

IV

Cuando Jesús resucitó
apareció a sus discípulos
y el aire de la eternidad
sorprendió
a la noche.

Pero no recriminó a Pedro
el haberlo negado
tres veces:
lo invitó junto al mar de Galilea
a reafirmar
igual número de ocasiones
su amor por Él,
y le encargó
pastorear
sus ovejas
y apacentar
sus corderos.

Entendió
que el enemigo
los había cribado
como al trigo
que el acto de Pedro
no fue pérdida
de la fe,
sino simplemente

un acto tolerable
de flaqueza.

Y entonces su “vuelta”
fue más que todo moral.

Pero, aunque volvió,
y Jesús perdonó entonces
su cobardía
no pudo olvidar jamás
lo que sintió
cuando encontró al gallo
de la recordación.

No lo buscó para recriminarle nada.
Ni siquiera para preguntarle
cómo supo el momento exacto
de la negación.

Ya todo estaba
consumado
y consumido.

Lo que más dolió a Pedro
fue que el canta claro
lo miró con los ojos más tiernos
y tristes
que jamás lo hayan mirado.

Grandes lágrimas cubrieron
sus ojos naranja
con los que enamoraba
al gallinero
y como si hubiera sido fulminado

por un rayo,
lleno de dignidad,
pero abatido,
convulsa el alma,
acongojado el canto,
en medio de la niebla
falleció.

No murió
por crápula
o disoluto;
tampoco
por alguna alteración.

Ni siquiera
la estocada fatal
de un gallo rival
lo pudo degollar.

Mirando a Pedro
con infinito
afligimiento,
con amargura
y gran desolación,
recordando que el Apóstol
había negado al Rey
en tres instantes,
no lo mató el deber
ni su insaciable afán
de semental:
bajando por primera vez
el pico
y la cabeza,
como si un dardo

le hubiera
perforado el pecho
y la inmodestia,
se murió de tristeza
y aflicción.